ROL DEL CREPUSCULO

POR

IGNACIO ALDECOA

—Lo echa.

—No.

—Lo echa. Apuesto.

—Un porrón.

La gaviota devolvió el pez a las aguas, aleteó sobre la espumilla del chapuz, estuvo un instante fija en el aire y se disparó, paralela a la mar, en vuelo de poderoso, lento, rapaz, batir; luego tomó altura.

—Has perdido.

Estaban a popa del Ispaster, *en el muelle. Antonio, sentado en un noray, las piernas abiertas, los codos apoyados en los muslos, el torso inclinado, la boina caída sobre los ojos avizorantes. Pedro, al largo de dos brazas, abrillantaba piedra y cemento de atraque con la culera de los pantalones; engarfiaba las manos en el borde del muelle, perneaba las salpicaduras de la subida de la marea, entornaba los párpados y sonreía; húmedos los labios, pensando en el porrón de vino tinto.*

—¿Pagas ahora?—dijo.

—Ahora o cuando quieras.

—Ahora, ahora.

Se levantaron. Casa Valentín estaba a tres grúas al Este, virando a la altura de la garita de carabineros.

El Ispaster *tenía un balance de nana. Doscientas ochenta toneladas dormidas en el arrullo de las aguas. El* Ispaster *navegaba a vapor, caboteaba mineral, estaba ya amenazado de desguace. Era un barco de tristes remiendos, despintado y como recién emergido de un naufragio. Mostraba cinco pies de minio bajo la línea de flotación y esto le hacía aparecer más fondón, más viejo, más agabarrado. En Casa Valentín y en todo el puerto, la gente de barra y de mus meneaba choteo a cuenta del* Ispaster *y su tripulación. "Ese barco es una taberna. Es un caserío con mucho animal dentro. Es una casa de las que han quitado." El armador, don Alejandro Maturana, de acuerdo con su socio don Avelino Isasmendi, había deci-*

dido que el Ispaster *entrara a morir en dique en los comienzos del otoño. Taberna o caserío o casa de mala nota, el* Ispaster *sería chatarra cuando las grandes mareas, y en Casa Valentín y en todo el puerto vaga rememoración por las mareas de la primavera.*

Bautista salió al puente subiéndose los tirantes fatigosamente. Se acaba de levantar de la litera, en la que había estado durmiendo desde inmediatamente después de comer. Tenía la boca amargada de la difícil digestión debida a la siesta y al encabezado vino blanco de los aperitivos. Se asomó a una de las ventanas y comenzó a gritar:

—Juan, becerro. Juan, animal. Juan, sube al puente.

Bautista se rascó el vientre con la mano izquierda, hizo bocina con la mano derecha.

—Juan, vago, cínico, mi-se-ra-ble.

Se desgañitaba y el cuello corto y macizo se le esponjó y coloreó de los tintes rojonegroplateados de los besugos. Se rascó la calva con la mano derecha, esperando. Escupió la mala saliva de la mala digestión, de la resaquilla del vino mañanero, del esfuerzo en los insultos a Juan. Volvió a escupir como placer. Probó sobre la tapa de regala de estribor y la alcanzó. Se convenció de que escupía bien, de que no había perdido facultades. Luego desapareció de la ventana.

En el rancho de marineros Juan preparaba trampas para las ratas. Canturreaba. Había oído al patrón. Canturreaba. Inclinado sobre un artilugio de alambres colocaba clavos, deleitándose en la operación. "Una rata—pensó—se desespera cuando se siente presa, se mueve, se pincha, se mueve más, se pincha más, chilla, chilla y yo tumbado en la litera la oigo chillar. ¿Qué chillará? Vago, cínico, mi-se-ra-ble. La rata grande del pañol de popa, la abuela de la familia, chillará algo sobre mi madre. Luego voy tranquilamente, ato una cuerda al asa y la echo al agua. Ya está en el agua. Ahora la subo, ahora la bajo, ahora la vuelvo a subir, ahora la vuelvo a bajar, ahora..."

Ignacio abrió la puerta del rancho.

—Tú, que te llama el patrón.

Juan se puso en pie. Era alto y delgado, con una nariz ganchuda.

—No puedo hacer catorce cosas a la vez. Me manda las trampas, ahora que suba. No voy a hacerlo todo al mismo tiempo, no gano para tanto trabajo, no me gusta dejar las cosas sin hacer o a medio hacer.

—A mí no me cuentes, a mí no me cuentes—dijo Ignacio, encogiendo los hombros.

Juan sacó la petaca y se la ofreció.

—¿Qué querrá?—dijo.

—Vete a saber.

Liaron calmosamente los cigarrillos. Ignacio se sentó en una litera. Por el ojo de buey le entraba la luz directamente al rostro. Tenía la piel curtida y amarillenta, los ojos acuosos y verdes, el pelo blando y de un rubio desteñido.

—Habrá que arrimar el barco a los vertederos, será eso.

—Querrá que le busque la gente por las tabernas.

—Ya.

Juan había comprado sus botas a un cabo primero que frecuentaba Casa Valentín. Pagó la mitad en dinero, la mitad en especies: vino, cámbaros y rabas de jibia. Al hacer la cuenta comprobó que le habían salido cinco duros más caras de lo concertado. El cabo primero tragaba como un imbornal; el cabo primero no se cansaba de pedir. Cuando se puso las botas, le estaban grandes y le hacían daño en los talones. El cabo primero era un comerciante ful que ni respetaba la numeración de los clientes ni las advertidas delicadezas de los pies. En el trato se limitó a decir: "Juan, tienes botas para toda la vida; te entierran con ellas." Juan se las ponía muy de tarde en tarde. Le durarían toda la vida. Se defendía a pie desnudo y con las botas de agua.

Juan se puso las botas cuarteleras. Dijo algo feo, al calzárselas, que Ignacio no entendió.

—Voy a ver qué quiere—hablaba ronqueando la voz—. Voy a decirle que tengo derecho a tres horas de franquía por tarde y puerto. Le voy a poner las cosas muy claras para que se entere de que no me puede tener de negro por veinte duros más. Yo no soy un contramaestre palanganero, porque dimito Estoy harto y me va a oír.

Ignacio se rió.

—Ojo.

—Me va a oír.

—Ojo, que después de la siesta es una galerna.

—Me oye.

—Que esta mañana se ha puesto de beber como un inglés.

—Me cisco y me recisco.

—Te bota al muelle.

—Cuando a mí me da, me da gorda. Yo soy un hombre arriba, abajo y en los medios.

—Bueno, eso es aparte.

—No le tengo miedo y me va a oír.

—Bueno, bueno. Allá tú.

—Ahora lo vas a ver. Me va a oír. Te lo juro por lo que más quiero...

—¿Estás dispuesto a armarla?

—Te digo que me oye.

—Entonces salgo contigo para ver lo que pasa.

—Siempre se aprende algo.

Juan, seguido de Ignacio, salió a cubierta. Subió ágilmente por la escalerilla de acceso al puente. Mirlándose compuso un gesto altivo antes de entrar en el mirador de la bitácora. Ignacio encontró disimulo para su expectación en un cabo perdido. Destrenzó filásticas y silbó. Oyó golpear en la puerta del camarín del patrón. Luego la voz de Juan desafiante, pero con un trémolo de temor.

—¿Qué me quería usted?

Bronquial y guasona la tos del patrón abría una pausa. Después su voz, como el gruñido de un motor aumentando en revoluciones, crecía en la rabia.

—No me vengas con desplantes, Juan, no me jeringues con desplantes. No seas cínico con tu patrón, que estás comiendo por él. No seas soberbio con el que te tiende su mano de amigo, con uno que por su edad pudiera ser tu padre. ¿Lo entiendes?

Juan estaba vencido. Ignacio dejó el cabo y se apoyó en la barandilla del puente, mirando hacia el muelle.

—Es que usted cree que yo soy...

—No creo nada, desagradecido. Sólo me interesa que las cosas estén a bordo cuando deben estar. Si yo falto, el sotapatrón es el que tiene la voz a bordo, pero si faltamos los dos tú eres el que te tienes que hacer cargo del barco. Conviene que no lo olvides.

—Sí, patrón, pero...

—No hay pero; con un patrón viejo no hay pero.

Bautista hizo una pausa. Después dijo:

—Búscame a toda esa inmundicia. Hay que cargar.

—Sí, patrón.

—Nos pagan por trabajar.

—Sí.

—Nos pagan y tenemos que cumplir con nuestro deber. Ahora que vas a Casa Valentín me traes dos botellas de vino. Hemos terminado.

Ignacio volvió la cabeza para ver salir a Juan. Sonrió. Iba a de-

cirle algo cuando se dió cuenta de que también el patrón salía. Juan pasó.

—¿Qué haces tú aquí?—preguntó el patrón a Ignacio.

Juan descendía lentamente por la escalerilla.

—Nada—dijo Ignacio.

Juan quedó escuchando.

—¿Nada? ¿Es que no hay nada que hacer en un barco como éste? ¿Es que crees que el único que tiene que trabajar en este barco es el patrón?

—No, patrón.

Juan sonreía en la escalerilla. El patrón vió las manos de Juan asidas a los dos primeros peldaños.

—Juan, largo de aquí. Tú ya tienes labor.

Las manos desaparecieron. El patrón continuó con Ignacio.

—¿Has mirado los fuegos?

—Sí, patrón.

—Y ¿no hay nada que hacer? ¿Estás seguro?

—Algo habrá, patrón, pero no para mí.

—Nos pagan por trabajar. No se puede decir "pero no para mí". Tú no te das cuenta que tú eres el primer maquinista de este barco, que de ti depende todo. Todo.

—No cobro de maquinista, sino de fogonero.

—Esa es una cuestión laboral que no me pertenece. Para mí, mientras yo sea patrón en este barco, tú eres el primer maquinista y el que tiene toda la responsabilidad de lo que ocurra bajo cubierta. Tú eres el que manda bajo cubierta, pero hay que obedecerme a mí. ¿Lo has entendido?

—Sí, patrón.

—¿Entonces?

—Es que si soy el jefe tengo derecho a descansar.

—Los jefes no descansamos nunca. Búscate un trabajo, aunque sólo sea para dar ejemplo a esa inmundicia. Vete.

Al bajar por la escalerilla, Ignacio estuvo a punto de pisar las manos de Juan. Bautista gritó antes de meterse en el puente.

—Quiero que la tripulación esté a bordo antes de media hora.

Juan miró a Ignacio y se encogió de hombros. Dijo:

—Este es un barco lleno de jefes. En el Cantábrico no hay un barco como éste.

Saltaron al muelle.

* * *

—A ti te nombro jefe de proa, Antonio; a ti te nombro jefe de popa, Pedro.

—La cuestión es no echar una mano—dijo Antonio.

—¿Te nombro jefe y te quejas?—preguntó Juan.

—Y ¿quién va a trabajar?

Juan se indignó. Respondió:

—Nos pagan para trabajar, ¿no es eso? Pues trabajaremos todos. Pero el trabajo dividido y con jefes rinde más.

—Bueno, bueno, si es así.

En los vertederos el polvo rojo del mineral se levantaba con el viento, formaba torbellinos. Bautista salió al puente y estuvo tosiendo y gargajeando largo tiempo. Cuando pudo hablar santificó el trabajo de la tripulación.

—Venga, muchachos, que Dios nos premiará con buen tiempo.

Fermín estaba en el muelle señalando con las manos a las gentes de los vertederos de la caída del mineral.

—¡Corta a proa! Van a palear.

Fermín sabía que su voz no había sido oída con la tronada del mineral. Siguió aspando los brazos. Repitió, aunque lo consideraba inútil; repitió casi por reflejo. Fué entendido.

—¡Corta a proa! Palean.

Disminuyó la tormenta mineral. Algunos trozos cayeron sobre el muelle, algunos rebotaron hasta el atraque del Ispaster, *cayendo a las aguas. Fermín pasó al lado de popa. Hablaba a gritos con Bautista.*

—Malos tiempos va a haber. Este viento...

—Saldremos en seguida.

Los brazos de Fermín eran largos. Extendió el derecho hacia el Este y balanceó la mano.

—Galbarra. Malo.

El cuerpo de Fermín era largo y proyectaba una sombra tenue al sol celado por una neblina, que se iba adensando.

—Al crepúsculo en la mar.

La voz de Fermín era aguda y a veces chirriaba como un engranaje mal engrasado. Chirriaban las gaviotas volando sobre las aguas picadas. Chirriaba la maquinilla de la estiba. Chirriaban las palas en contacto con el mineral.

—Hay que darse prisa, se echan malos tiempos. Tenemos que salir antes que se ponga el sol. Ya en alta mar es otra cosa.

En el puente, Bautista sopló por el tubo acústico. Le llegaron las palabras de José María.

—¿Qué se ofrece, patrón?

—¿Bien de presión?

—Bien.

—Bien.

—¿Ignacio dónde está?

—Está al carbón.

—Bien. Dile que suba...

—Bien.

—Que necesitamos uno de vosotros en cubierta.

—Bien, patrón.

Bautista dudó un momento. Dijo:

—Bien, José Mari.

José María abrió la boca del horno y contempló las llamas. Ignacio dejó la carbonera y vió a su compañero bañado del resplandor del fogón. José María cerró la puerta de fuegos. Se volvió hacia Ignacio.

—Que subas a darles una mano. Quieren salir pronto. Debe de haber malos semblantes en el horizonte, porque tienen prisa.

Ignacio tiró la pala en la carbonera.

—¡Qué bonito!—dijo.

José María se estaba enjugando las manos con un trapo sucio. La blanca piel del pecho lampiño se le enrojecía en el cuello. Sudaba.

—¿Qué es lo bonito? ¿El color de las llamas?—preguntó José María.

El tono de la voz de Ignacio se hizo despectivo.

—¿El color de las llamas? ¡Tonterías! ¿El color de las llamas? ¡Chaladuras gordas!

Asombrado José María, había dejado de enjugarse las manos con el trapo.

—¿Es que el color de las llamas no es bonito cuando está bien cargado el fogón?

—Para ti.

—Para mí es bonito, es verdad. Es como el sol cuando se va o cuando aparece. Fíjate y verás. A veces más bonito que el sol.

Abrió la porta de fuegos y se agachó a contemplar.

—Mira. Y si abres el de tu lado, mejor y más bonito, porque es más grande.

Ignacio estaba subiendo por la escalerilla a la cubierta. Gritó:

—Dile al patrón todo eso y te llevan a Santa Agueda de cocinero.

Se acarició los apretados músculos de los brazos José María, empujó con el pie la porta y se quedó pensando.

José María distinguía los colores de las llamas, sus fuerzas, sus titubeos, tiemblos y serpenteos; distinguía crepúsculos de verano y de invierno, de rumbo y de atraque; los chisporroteos de las grandes paladas como una lluvia de estrellas; los bramidos torrenciales de las llamas creciendo como una galerna entre el carbón. Distinguía e inventaba; llevaba veintitrés años de fogonero viendo un horizonte de llamas, un horizonte crepuscular en las calderas y si giraba con la pala, noche, noche y noche, carbón, carbón y carbón. Inventaba un santoral para sus crepúsculos. Amanecer del Carmen, atardecer de la Virgen de Agosto, romería de San Miguel, con vino, filetes empanados, moras y una moza ja; ja podía significar muchas cosas. En los atraques, atardecer de Difuntos. Cargados de mineral para Altos Hornos, avante toda, San Juan de las Hogueras. Y el chistu para José María era la sirena con sus largos pitidos. Decía a Ignacio cuando el patrón la hacía sonar: "Cómo sopla, Bautista, cómo sopla de bien, da gusto, dan ganas de bailar. Llevaba veintitrés años a la mar sin romerías."

José María paleó carbón y subió a respirar al ojo de buey de la primera pasadera. Vió al patrón en el muelle hablando con el capataz de los vertederos. Se pasaban papeles. A José María le gustaba oír mandar al patrón. Vió cómo extendía el brazo hacia el barco y decía algo que no oyó. Juzgó que ya había refrescado los pulmones y bajó a las calderas. Sintió correr a una rata hacia la carbonera de popa. Palabreó de su madre y se sentó en el escabel de turnos.

Pensaba en las ratas, pensaba en el contramaestre. Pensaba que un golpe de pala a una rata era tan lícito como un tiro a una codorniz, pero que una trampa con clavos no era admisible. Una trampa con clavos era como cazar gorriones con varetas pringadas de liga. Dejó de pensar en las ratas, en las codornices y en los gorriones, al sonar el silbo del acústico. Llevaba veintitrés años a la mar con ratas; veintitrés años sin codornices ni gorriones.

—A cubierta, José María—ordenó el patrón.

—Y ¿los hornos?

—Baja Ignacio.

—¿Baja?

—Baja.

—Si no baja...

—He dicho que baja.

—Pero si no baja se enfrían.

—Baja, ¡San Pedro!

—Bueno si baja...

—Que baja; tú a cubierta.

—Bueno, bueno, pero que baje.

El patrón interrumpió la comunicación con malas palabras. José María pensó que Ignacio no bajaría. Ignacio se estaría mirando con ojos de pez la caída del mineral, las aguas o los pelillos del dorso de la mano sobre la que reposaría el mentón de vez en vez, en la tapa de regala. José María salió a cubierta.

El contramaestre Juan tenía una pala entre las manos. El contramaestre Juan le dió la pala.

—A trabajar.

—¿Y tú?

—Es tu turno—dijo cínicamente el contramaestre.

—¿Lleváis turnos?—preguntó José María.

—Hay que llevar turnos, es lo normal.

—¿Tú has hecho tu turno?

—Naturalmente. Ahora es el tuyo; después, el de Ignacio. Yo entro indistintamente con vosotros y con Pedro y Antonio. Es decir, que trabajo el doble que vosotros.

—Ya.

—Para que no haya quejas.

—Bien.

—Dos turnos por cada uno de los que vosotros hacéis. Y todo por veinte duros más al mes. Y la responsabilidad.

—Pero yo salgo de un turno de calderas para entrar en uno de cubierta. Yo no descanso.

—Díselo al patrón. Eso es asunto de él.

—Bien... Y ¿qué tengo que hacer?

—Echar los derrames adentro. Cosa ligera. Es un buen turno.

—Sí, es un buen turno.

—¿Te quejas?

—No, no; es un buen turno, eso decía.

—Claro que lo es—dijo con satisfacción el contramaestre.

Bautista salió al puente sonándose ruidosamente con un pañuelo de colores. El contramaestre estaba sentado en la escotilla de proa. Bautista lo estuvo mirando un buen rato. El contramaestre se sintió molesto. Preguntó:

—¿Quiere algo, patrón?

Bautista volvió la cabeza y gritó a Fermín:

—Segundo, diga al contramaestre que suba al puente.

Fermín no había entendido.

—¿Qué, Bautista?

—Que diga usted al contramaestre que suba inmediatamente al puente.

Seguía sin entender.

—¿Cómo?

Al patrón le entró una gran rabia.

—Este barco es una porquería; en este barco se desobedece al capitán. Este barco va a acabar mal. Voy a dar parte a la Comandancia y me voy a cargar...

Fermín se arrimó al barco. Dijo:

—¿Qué pasa?

El patrón sintió que los bronquios se le revolvían como los tentáculos de un pulpo. El patrón sintió que las piernas tenían la tembladera de la agonía de los grandes pescados. El patrón sintió que la cabeza se le llenaba de la tinta rabiosa de los calamares. El humor negro se le vertía por los ojos, por la boca, por las narices, por las orejas y por una llaga que tenía de pronto en la papada.

—¡Cómo que qué pasa!

Al patrón le dió un ataque de risa histérica.

—No te has enterado de que en este barco mando yo.

—Cálmate, Bautista—dijo Fermín.

—¡Que me calle!... Segundo, suba al puente—vociferó.

Bautista desapareció en su cabina. Fermín se encogió de hombros. Comentó:

—El segundo ataque en menos de un año. Está acabado. Un día se muere.

El contramaestre puso una cara muy triste.

—Un día se nos muere—dijo.

Fermín lo miró con desprecio. José María sudaba. Antonio y Pedro descansaban sobre las palas. Ignacio llevaba contados treinta y cinco pelitos entre el nudillo del dedo meñique y el nudillo del dedo anular de su mano izquierda.

Bautista recibió a Fermín riéndose.

—Hay que dar una impresión de disciplina—dijo el patrón.

Fermín respondió con una sonrisa.

Bautista preguntó:

—¿Es que te parece mal?

—Es que me parece que das la impresión contraria. No debes chillarme delante de estos elementos. Lo confunden todo. Luego se hacen los remolones cuando les mando.

Bautista alargó una botella mediada de vino a su segundo. Dijo:

—Coge ese vaso y no te enfades.

—No me enfado, pero es un mal sistema.

—¿Un mal sistema?

—Sí, un mal sistema.

—Entonces buscaré otro sistema.

Fermín abrió una pausa en la conversación bebiendo un gran vaso de vino.

—Vamos a tener un viaje malo—dijo el sotapatrón.

—Muy malo.

—Yo esperaría.

—No se puede esperar.

—¿Por qué?

—Mañana hay cuchipanda en Casa Manolo. Estás invitado.

—¿Quiénes vais?

—Muchos. Dos corderos...

—¿Dos corderos?

—Y un gran rape que pone Aldana y tapitas, muchas tapitas.

—Eso está bien.

La voz del contramaestre llegó hasta el cuarto de derrota alargándose en las vocales.

—Capitán, listos. Estiba hecha.

Fermín preguntó:

—¿Nos vamos?

—Largad amarras.

* * *

Llovía.

Los cristales del puente vibraban mal ajustados. La lluvia tabaleaba o arañaba o chisporroteaba en los cristales. El cielo, al Norte, estaba petrificado y amurallaba el horizonte. El cielo, al Oeste, era pastoso y movedizo. El cielo, al Sur, se confundía con la oscuridad costeña. El cielo, a puerto, solamente era agua.

La luz del crepúsculo era una luz para el bostezo, para el desperezo, para acabar con la cabeza acompasada a los balances. La luz no entraba en el barco, había que asomarse y capturarla en su huída. Las bombillas estaban encendidas en máquinas, en los ranchos y en el puente. También en la cubierta, haciendo de ésta una calleja, un rumbo de pandilla en busca de taberna, un silencioso y solitario pasaje para un humilde trato de amor, para una necesidad, para un recuento de mendigo.

Las olas que barren las sensaciones de puerto en la cubierta

llegaron con la oscuridad. En las máquinas había un crepúsculo de verano cuando se abrían las portas de fuegos para cebar los hornos. En los ranchos se había dejado de hablar. En el puente estaba lejos, muy lejos, Casa Manolo.

En el puente crispaba las manos sobre las cabillas del timón, Bautista. Fermín miraba a proa.

—No sé—dijo Bautista.

Fermín se pasó la mano derecha por la cabeza y la reposó en la nuca. Una ola pasó sobre el barco y pesó en la popa.

—Esto va mal—afirmó Bautista.

Fermín sopló por el tubo acústico.

—Ignacio, que salga alguien del rancho y vierta aceite por la estampa de popa.

—¿Quién va a salir?

—Cualquiera.

Fermín abrió la puerta del puente para ir a la toldilla. Por la puerta entró la sombra de la mar: un denso y acre olor, un escalonado salpicón de agua, una catarata de viento que chocó contra los mamparos haciéndolos crujir.

Volvió Fermín.

—¿Qué tal?—preguntó Bautista.

—A peor.

—Mejor hubiera sido esperar.

Fermín llamó por el tubo acústico.

—Menos revoluciones.

—Bien—respondió José María.

Fermín dijo a Bautista:

—Tendremos que hacer capa.

—Espera.

—La mar crece.

—Espera.

—Vamos muy cargados para aguantar esta mar.

—Peor para hacer capa.

El contramaestre apareció ancho y augusto en su traje de aguas.

—Ya está.

—Bien, Juan—dijo el patrón.

El contramaestre se apoyó en el mamparo de estribor. No deseaba bajar al rancho.

—¿Nos vamos a arrimar a costa?—preguntó.

—No es posible—dijo el patrón—. Hay que ganar millas a alta mar, para volver rectos cuando amaine, si es que amaina, sobre el abra.

En el silencio que se hizo después parecía una insolencia la presencia del contramaestre. Juan lo sintió así y se despidió.

Bautista empezó a tener miedo e intentó silbar, pero tenía los labios secos. Se le escapa el aire como al pito de la sirena cuando había poca presión y no se lograba que sonase. Fermín quiso encender un cigarrillo y no llegó a hacerlo. Tuvo que agarrarse al quicio de la puerta del cuarto de derrota y se le cayó el cigarrillo, que pisoteó. El balance había sido muy fuerte.

—Esto va muy mal—dijo Bautista.

—Muy mal.

La voz de Fermín fué como un eco.

—Si no alcanzamos muchas millas de alta mar nos va a echar a la costa.

—A la costa—repitió Fermín.

—Coge el timón.

Fermín estaba deseando coger el timón para tener algo donde afianzarse bien en caso de que los balances fueran en aumento.

—¿Tienes miedo?—preguntó Bautista.

—Sí, tengo miedo.

—Yo también.

—Abajo tendrán menos miedo.

—Más.

—Menos, porque no ven.

—Más, por eso.

—Si hubiéramos esperado...

—Ya.

El Ispaster *cabeceaba alocadamente. El* Ispaster *tenía un avance aturdido en que la proa señalaba todos los rumbos del Este al Oeste por el Norte. El* Ispaster *estaba fatigado de proa a popa, herido de estribor a babor, exactamente como un toro que embiste, que guarda fuerza en su cabeza, que tiene energía en sus cuartos traseros, pero que ya está llamado por la muerte y da los bandazos de la agonía. Las dos luchas del toro mantenía el* Ispaster. *La lucha por herir de proa y la lucha por aguantar su propia herida.*

La porta de fuegos estaba abierta y un crepúsculo escarlata mantenía los ojos fijos de José María.

Nunca supo Juan si canturreó o rezó.

En el puente dijo el patrón:

—Esto va muy mal, muy mal, muy mal, muy mal, muy mal, muy mal...

Y siguió repitiendo muy mal.

Fueron diez horas hasta el crepúsculo. Cuando entraron por las aguas del abra era mediodía. Cuando atracaron, alguien se acercó a la amura y gritó:

—Fué mal, ¿no?

—Muy mal—respondió el patrón.

La tripulación se reunió en Casa Manolo.

—Fué mal, ¿no?—preguntó Manolo.

—Muy mal—dijo el patrón.

La tripulación se perdió luego por los bares conocidos. La tripulación iba de visita y de resurrección.

—Fué mal, ¿no?

—Sí, muy mal.

Después de la siesta, Bautista escupía sobre la tapa de regala para ver si acertaba. Comprobó que había perdido facultades.

El Ispaster *iba a entrar en dique. Las grandes mareas, las lluvias de estrellas, el olor de las algas revueltas, las últimas redadas de la bajura, los crepúsculos rojos, amarillentos, verdes, quedaban a muchos días. Bautista pensó que el otoño estaba lejos y que el* Ispaster *entraba en dique.*

Ignacio Aldecoa.
Blasco de Garay, 94.
MADRID.